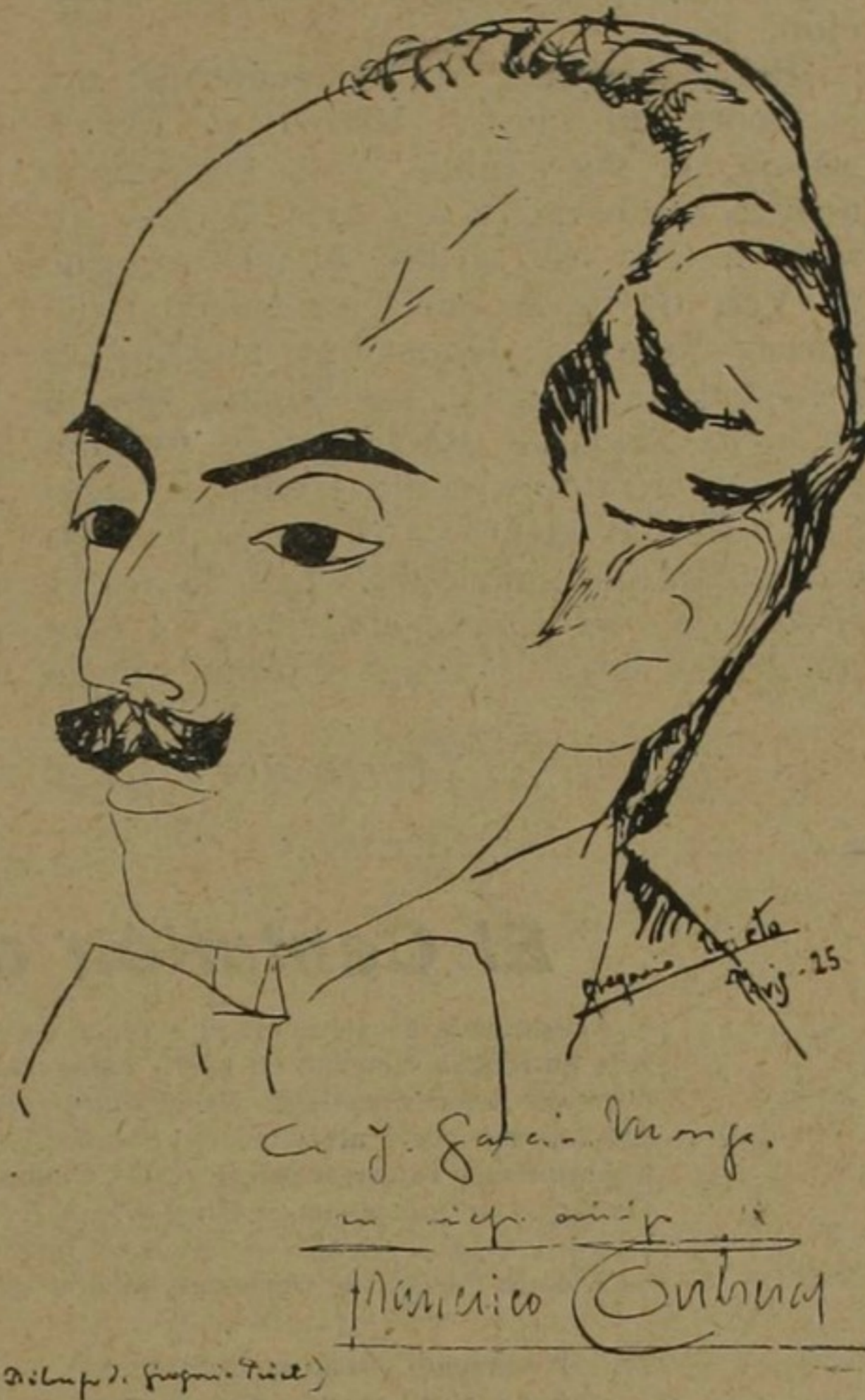


Veinte años de labor en el *Mercure* de France

= Traducido del *Mercure de France* del 15 de enero de 1931 =

Hace hoy veinte años que comencé a redactar estas crónicas. Fué en diciembre de 1910 cuando Remy de Gourmont, a quien había enviado mi libro *Los Modernos*, me escribió para ofrecermé esta sección del *Mercure*. Yo le pedí algunos días para contestarle. Pero Rubén Darío que residía entonces en París, disipó mis vacilaciones con sus palabras de estímulo. La tarea era realmente difícil. Aunque esta sección existía desde 1903, había sido redactada de manera poco regular por Pedro Emilio Coll y luego por E. Díaz Romero. Sólo muy raros espíritus, como Remy de Gourmont, sabían algo de la literatura moderna de la América española; los pocos hispanizantes que entonces había no se ocupaban más que de las letras de ayer. Era menester, pues, no limitarse al simple comentario de los libros nuevos, sino tratar además de las diversas corrientes de las letras del continente, y presentar a los escritores. Comencé mi labor con una crónica consagrada al movimiento moderno, el modernismo, inspirado por el Parnaso y el simbolismo franceses, y al nuevo movimiento que se iniciaba ya, encaminado a sacudir todas las influencias extranjeras y a inspirarse en el alma y la tierra hispanoamericanas. Luego he presentado, al hablar de sus libros, a los autores más notables o más característicos de las diferentes repúblicas; a los poetas como Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Magallanes Moure, Francisco Icaza, J. Ramón Molina, Pezoa Véliz, E. Montagne, González Bastías, Enrique Banchs, Pedro Prado, Arturo Capdevilla, Núñez y Domínguez, Rafael A. Arrieta, Juana de Ibarbourou, Fernández Moreno, Ernesto Guzmán, Bustamante Vallivián, Regino Boti, Carrasquilla Mallarino, Lagos Lisboa, Martínez Estrada, Emilio Oribe, J. Torres Bodet, Alberto Hidalgo, P. L. Ipuche, etc; a los novelistas como Carlos Reyles, L. Orrego Luco, Tulio Cestero, Federico Gana, Angel Estrada, M. González Zeledón, A. Custodio Espejo, Alcides Arguedas, Leonardo Pena, Martín Aldao, García Monge, Labarca Hubertson, Montiel Ballesteros, Eduardo Barrios, Vicente Salaverri, H. Díaz Arrieta, Horacio Quiroga, J. Edwards Bello, Mariano Azuela, Alberto Lasplaces, Eustacio Rivera, Aguirre Morales, Januario Espinosa, Ostría Gutiérrez, etc; a los críticos como F. García Godoy, Roberto Guisti, Pedro y Max Henríquez Ureña, Pérez y Cúris, A. Donoso, Eduardo Collín, R. Saénz Hayes, Zum Felde, Luisa Luisi, Suárez Calimano, etc; a los escritores de ideas, de historia o de folklore, como J. Enrique Rodó, Manuel Ugarte, Pedro Emilio Coll, Carlos Baires, R. Brenes Mesén, Carlos de Velasco, Gonzalo Búlner, J. de la Riva Agüero, Cornelio Hispano, H. Barbagelata, Vicuña Cifuentes, Carmen Lira, Ramón Laval, etc. Ciertamente, esas siluetas eran rápidas y parciales. Pero posteriormente he consagrado crónicas completas o casi completas a algunos de aquellos escritores, como Darío, Lugones, Rodó, Ugarte, Barrios, Arguedas, Donoso, M. Balleste-



ros, y a varios otros, como E. González Martínez, Manuel Gálvez, Enrique Larreta, José Vasconcelos, Chacón y Calvo, Alfonso Reyes, Ricardo Güiraldes, Valle Arispe, etc. Era menester también tratar de diversos problemas que se plantean en las letras hispanoamericanas, como el de la lengua algo corrompida en algunas repúblicas y el de la integralidad territorial, lingüística y literaria amenazada por la agresión del imperialismo de los Estados Unidos. Siempre que he tenido ocasión me he ocupado, pues, de esos problemas, consagrándoles a veces crónicas completas. Pero era necesario todavía hablar de los acontecimientos de la vida literaria y de la libre acción de los escritores coartada a veces por gobiernos tiránicos. He aprovechado, pues, de los *mementos* para señalar las revistas nuevas, ciertas encuestas, el fallecimiento de algunos escritores, y, durante la guerra, en pleno reinado de la censura, protesté contra el encarcelamiento del poeta dominicano Fabio Fiallo, detenido por las tropas de ocupación de los Estados Unidos. (Este país era entonces aliado de la Francia).

Por otra parte, habiéndome alejado así del simple comentario, he creído necesario hacer crítica. He examinado, pues, los autores y sus obras, señalando sus cualidades y también sus defectos. Por cierto que me he dedicado sobre todo a la «crítica de las bellezas», no concediendo a la de los defectos más que algunas líneas, después de un «desgraciadamente», salvo excepcionalmente, cuando he debido ocuparme de obras en las cuales los errores sobrepasan en mucho los aciertos. Mi método es sin duda de

juicio y de clasificación, pero es sobre todo, de sentimiento estético y de simpatía. Creo yo, como Albert Thibaudet, que la simpatía está en la base del gusto, y que sin gusto no hay crítica que valga. Si he pecado, pues, ha sido mucho más por benevolencia que por rigor. Ciertamente, como la mayoría de los críticos, me he apoyado en ciertos principios, en algunas ideas que creo indispensables hoy a los escritores hispanoamericanos: la conveniencia de inspirarse en las sugerencias de la raza, de la tierra, del ambiente, a fin de crear una literatura autónoma, original, y la necesidad de respetar la lengua y la tradición para conservar la unión y la personalidad continentales. Pero estos principios no me han llevado nunca a desestimar la belleza intrínseca. Así, he elogiado la obra lírica de González Martínez o de R. Alberto Arrieta, bien que en general estos poetas no se hagan eco de las sugerencias de la raza y de la tierra, y he exaltado la labor de Lugones o Güiraldes, aunque estos escritores empleen una lengua voluntariamente poco pura y aún corrompida. La belleza: tal es para mí el valor primordial.

Esta labor no ha ido sin dificultades, sin inconvenientes y aún sin enojos. Había que tratar de la producción literaria de todo un continente en crónicas que aparecen de tiempo en tiempo y con espacio limitado. He tenido, pues, que hacer una selección estricta, relegando al *memento* o pasando en silencio libros que merecieron algunas líneas de comentario. He debido además tardar bastante para hablar de cada autor, y, como me ha parecido conveniente agruparlos por género, este retardo ha aumentado a veces. Luego no he podido ocuparme en la misma proporción de los autores de todas las repúblicas pues, en tanto que de la Argentina, el Uruguay, Chile recibo muchos libros, de México, Cuba, Centro América me llegan menos, y de Colombia, Perú, Venezuela, Ecuador, Santo Domingo y el Paraguay recibo muy poco. Ello se debe sin duda al grado de producción de estos países, pero también a la negligencia de algunos autores o editores y a las pérdidas que ocasiona el correo. Por lo demás, el temperamento en general poco reflexivo de los escritores hispanoamericanos me ha causado perjuicios y muchos desagrados. Alcides Arguedas ha referido en un artículo aparecido en *La Ilustración de la Paz* (10 abril, 1921) que cuando yo me hice cargo de esta sección, algunos colegas hispanoamericanos residentes en París «juraron no enviar sus libros al *Mercure* para que yo me hallase «aislado y sin acción». Luego muchos autores, habituados a la crítica toda elogios de sus países, se han sentido chocados de mi manera de señalar los defectos al mismo tiempo que las bellezas y no me han enviado sus libros siguientes o se han encerrado en un silencio hostil; otros se han molestado porque no hablaba de sus obras inmediatamente o no me ocupaba de algunos libros que no he recibido jamás, y un peruano me